

blo, y espresando en sus miradas el ardiente deseo de que sean bien recibidos. Representaos estas ceremonias ejecutadas por un anciano de magestuosa talla, de la fisonomía mas noble y atractiva, y os será como á mí casi imposible libraros de una viva emoción al ver postrarse de rodillas aquella inmensa turba en el momento en que le da su bendición, y recibirla con el mismo entusiasmo de que parece animado el que la da. Por mi parte confieso que conservaré toda mi vida la impresion de semejante escena. ¡Cuánto mas viva y profunda no será en los que se hallan dispuestos á dejarse seducir por los actos exteriores! Téngase presente que es un protestante el que así se espresa.

El emperador se aprovechó de la circunstancia en que el Papa desplegaba en Viena todo el aparato de la Religion, para destruir las impresiones que habian hecho nacer sus demostraciones de filosofía, y tratar de probar que no se hallaban aun estinguidos todos sus sentimientos de piedad. Asistió puntualmente á los oficios celebrados por el Santo Padre. Como ya hemos dicho, habia cedido al Papa el honor de suplirle en aquel dia en que, al celebrar la institucion de la cena, el orgullo humano se humilla y descende á desempeñar las funciones mas serviles en honor de la vejez y de la indigencia reunidas: á toda la ceremonia se halló presente el emperador juntamente con su hermano el archiduque, pero uno y otro de incógnito. El Papa, despues de haber dado la bendicion á los platos, los colocó por su propia mano en la mesa de los convidados, y presentó uno á José, quien se escusó de recibirlo diciendo que no estaba allí mas que como simple espectador. Cada pobre recibió de sus manos veinte ducados y dos medallas de oro y plata de las de Pio VI. Estas eran acaso las últimas que le quedaban ya de las ochocientas que habia mandado acuñar antes de su salida de Roma, pues casi todas habian sido dis-

tribuidas en aquella ciudad, en el camino y en Viena.

Toda la vigilancia de la policia era necesaria para prevenir los accidentes tan comunes en todas las numerosas reuniones. El afán de hallarse al paso de Pio VI por las calles de Viena no puede espresarse. El Danubio estaba casi obstruido por el número de barcas que bajaban y subian llenas de fieles, ansiosos por ver al Soberano Pontífice. Agrupábanse en número de veinte y treinta mil por las calles que desembocan en el palacio imperial, pidiendo á gritos la bendición del Papa. Todas las avenidas se hallaban interceptadas, y Pio VI se veia obligado á presentarse siete veces al dia en su balcon para conceder á aquella multitud impaciente el favor que con tanto ardor solicitaba. Apenas uno de aquellos inmensos grupos le habia recibido, cuando ya se veia avanzar otro igualmente compacto, deseando igual beneficio. Tan prodigiosa era la concurrencia, que por algun tiempo se llegó á temer que faltasen en Viena las subsistencias. De todos los puntos de los Estados hereditarios venia gente.

Sin embargo, la satisfaccion de Pio VI por todos estos testimonios de estimacion y respeto, era mucho menor que el sentimiento de no poder alcanzar el objeto de su viaje; pues nunca consiguió poder tratar á fondo con el emperador, en las conversaciones que tuvo con él, los grandes intereses que le habian motivado. No hubo en el gabinete de este príncipe mas que una sola conferencia política, á la cual asistieron el príncipe de Kaunitz, el cardenal Migazzi, arzobispo de Viena, y el cardenal Herzan, ministro del emperador en Roma. El Papa intentó conmovier al emperador por medio de discursos patéticos, mezclados de evidentes razones tomadas de la sana doctrina de la Iglesia, y fundadas en la práctica y posesion inmemorial; pero el emperador eludió toda discusion, diciendo que no era teólogo,

y que entendia muy poco de derecho canónico para hablar de improviso. Pidió, pues, que el Papa le manifestase por escrito sus pretensiones. «Yo las entregaré, dijo, á mis teólogos para que las examinen. Ya sabeis mi resolución acerca de las iglesias y conventos de mis Estados. Cuanto he hecho y haré en lo sucesivo no tendrá mas objeto que el bien de mis vasallos. Eran de indispensable necesidad los arreglos que he mandado hacer, y estos los sostendré con tanta mas perseverancia, cuanto ninguno de ellos atenta en lo mas mínimo contra la doctrina. Si Vuestra Santidad quiere una esplicacion mas estensa, ponga sus objeciones por escrito: mi canceller responderá á ellas, y yo mandaré que todo se imprima para instruccion de mis vasallos.»

Este canceller era el príncipe de Kaunitz, no menos filósofo y acaso mas obstinado en sus opiniones que el mismo emperador. El Pontífice no pudo conseguir de él mas que frias é insignificantes contestaciones. Aquel ministro orgulloso, no parecido en este particular á su amo, no creyó deber al Soberano Pontífice ni aun las consideraciones exteriores merecidas por su dignidad. Llegó su falta de urbanidad hasta el punto de no devolver al Papa su primera visita. Pio VI, que temió comprometer intereses sagrados en el caso de hacer valer la superioridad de su rango, le hizo preguntar cuándo podria verle y admirar su hermosa coleccion de cuadros. El ministro fijó el dia y la hora, y el Papa encontró á la familia del ministro vestida de gala, y su palacio decorado y lleno de una distinguida concurrencia de gentes, que se apresuraron á tributarle todos los honores debidos á su carácter personal y á su condicion de Gefe de la Iglesia y soberano de un grande Estado; solamente el ministro era el que estaba vestido con el sencillo trage de casa. El Pontífice le alargó la mano; pero el príncipe en vez de besarla, como nadie hasta entonces habia dejado de hacer, alargó tambien familiarmente

la suya con grande escándalo de toda la concurrencia y faltando groseramente al debido decoro. En seguida, afectando una urbanidad que contrastaba mucho con su grosera familiaridad, se dignó servir de *cicerone* al Pontífice para la esplicacion de los cuadros. Pero ni aun esto supo hacerlo con la finura que de su condicion podia esperarse, pues para tomar el punto de vista de cada cuadro hizo avanzar, retirar, é ir de derecha á izquierda al Pontífice. Pio VI se mostró en esta ocasion muy superior al cínico filósofo. Ni siquiera se dió por entendido de esta torpeza, que irritó á todos los espectadores.

El príncipe de Kaunitz como ministro no fué mas favorable al Pontífice, que atento habia sido como particular. Eludió todas sus indicaciones y preguntas acerca de los negocios; y el emperador, aunque mucho mas fino, franco y afectuoso que su canceller, no por eso se mostró menos inflexible sobre el fondo de las cuestiones; pues hasta en las cosas mas insignificantes hizo alarde de su tenacidad en sus máximas filosóficas. Citaremos un ejemplo.

Los barnabitas de Viena acababan de construir en su iglesia un altar para el cual solicitaron de Su Santidad una indulgencia plenaria. El Papa se la concedió por medio de un breve, que el provincial de la orden quiso hacer imprimir. Mas no pudo alcanzar el permiso para hacerlo, sino despues de haberlo sujetado á la formalidad exigida por las nuevas leyes, es decir, despues de haberla hecho firmar por el emperador, como cualquiera otro breve que hubiese sido espedido en Roma.

Si el Papa no hubiese tenido mas que una ambicion personal, si no hubiese sido un Pontífice religioso y tan altamente adicto á los derechos de la Santa Sede, no hubiera podido menos de quedar satisfecho del recibimiento del emperador; pues nada omitió de cuanto pudiera complacerle y halagar su amor propio en los asuntos que nada tenian que ver



con las innovaciones. Sus conferencias fueron estremadamente amistosas. El emperador habló confidencialmente al Padre Santo de los principales personajes de Europa, de los intereses de las cortes, y aun sobre este particular le hizo importantes revelaciones. Por su parte Pio VI hizo tambien lo posible para hacerse agradable al emperador: prodigó cumplidos elogios á sus luces, á su afabilidad y á su talento brillante y cultivado. El talento ¡ah! no impide que algunas veces se caiga en funestos errores. Tambien alabó su devoción, y bien podia hacerlo, pues aquel soberano guardaba estrictamente las apariencias de ella, y solo Dios puede apreciar lo que pasa en el fondo del alma.

Hallábanse cuatro cardenales cerca del Papa, número que en rigor aun tiene uno de mas que el preciso para celebrar un consistorio. Pio VI le celebró en Viena para conceder dos capelos, y el emperador y su hermano Maximiliano asistieron á él. El Pontífice pronunció una arenga en latin que terminó por un elogio al emperador conforme con la verdad, y confirmado por la historia. «Hemos tenido ocasion, dijo Pio VI, de verle repetidas veces, y no podemos menos de admirar, no solamente el afecto sin limites con que nos ha recibido y acoge diariamente en su residencia imperial, y la munificencia que usa para con nuestra persona, sino que tambien su devoción privada, sus prodigiosos talentos y su increíble aplicacion á los negocios. ¡Qué consuelo para nuestro paternal corazón haber visto que la Religion y la piedad se mantienen sin la mas leve alteracion, no solamente en esta brillante capital, sino en todas las poblaciones de los Estados imperiales que á nuestro paso hemos hallado! No cesaremos, pues, de celebrar sus virtudes y apoyarlas con nuestras fervorosas oraciones, suplicando una y otra vez al Omnipotente no abandone al que le busca, y fortalezca á su magestad imperial en sus san-

tas disposiciones y le colme de celestiales bendiciones.» El pueblo de Viena, á quien el gobierno tuvo buen cuidado de dar á conocer este pasaje de la arenga por medio de la imprenta, quedó muy edificado de la expansion del Santo Pontífice, y del testimonio que el emperador recibia de su devoción y generosidad.

Una palabra de José II prueba que la famosa y frívola distincion entre la doctrina y la disciplina de la Iglesia, no es una invencion de nuestros doctores modernos. El emperador preguntaba cierto dia al Papa, si en alguno de sus nuevos estatutos ó decretos habia un solo artículo que tocara á la doctrina, y si Su Santidad no convenia en que únicamente se referian á la disciplina de la Iglesia. Pio VI convino en ello, dice el autor de las *Memorias* infamatorias de su vida; pero no convino ciertamente en que el emperador tuviese derecho de alterar y trastornar á su antojo esa disciplina. En esto se ve que los Treilhard, Camus, Martineaux y Expilly no han sido mas que unos plagiarios, y que el emperador fué su maestro en teología y su precursor en la carrera de las innovaciones religiosas. Oida la supuesta confesion del Papa, el emperador contestó segun se dice (pues esta carta parece dudosa): «Luego yo no soy herege, como en Roma se pretende.» El Papa, segun el mismo autor, rebatió esta suposicion como injuriosa y calumniadora. Esta anécdota tiene todas las apariencias de haber sido dictada por Camus, que pretendia ser de la comunión del Papa á despecho del Papa; que creia, ó por lo menos aparentaba creer, que se puede ser jansenista sin ser herege; que al abjurar la Religion, queria conservar la máscara de ella, y que neciamente se imaginaba que la mas baja y negra ingratitud para con el clero, no le habia de quitar la reputacion de probidad que su hipocresia habia usurpado.

El emperador, preciso es hacerle justicia, estaba de buena fé, y mas se debe compade-

cerle que criticarle por haberse dejado seducir de las innovaciones que traian trastornadas á todas las cabezas, asi de los soberanos, como de los vasallos. Creyó que no hacia mas que usar de sus derechos en continuar aboliendo, sin la intervencion de la Santa Sede y á la vista misma del Pontífice que la ocupaba, órdenes monásticas en el Milanesado y en el pais de Mántua. Asi es como él amalgamaba en su cabeza el filosofismo, la piedad, por lo menos aparente, y las consideraciones personales hacia el Santo Padre. Asi es como su conducta no fué mas que una série de contradicciones, porque no quiso ni seguir ni proscribir abiertamente las reglas de la Iglesia. No quiso parecer ni Constantino, ni Juliano.

En el mes de abril supo el Papa que ciertos asuntos perentorios é imprevistos exigian que regresase prontamente á sus Estados. Ocupóse, pues, aunque con pesar, de los preparativos de marcha, ya que desgraciadamente no habia podido conseguirse el objeto de su viaje. Asi es, que habiéndole preguntado cierto ministro extranjero qué dia pensaba partir, respondió: «Soy Papa, pero no profeta. Mi partida depende del éxito de mi negociacion.» Sin embargo, bien seguro estaba de que su marcha iba á ser muy pronto. El emperador no quiso separarse del plan que se habia propuesto y quiso hacer brillar en aquella ocasion su munificencia. Mandó construir para el viaje un coche tan digno del que lo regalaba, como del que lo recibia. Luego regaló al Santo Padre un pectoral sembrado de diamantes, apreciado en cuatrocientas cincuenta mil libras. Pio VI siempre grande, siempre igual, siempre digno de sí mismo, dijo al aceptarlo: «No consideraré este presente como propiedad personal, sino como de la Santa Sede. En ella quedará vinculado para siempre á fin de que mis sucesores puedan llevarlo en las grandes solemnidades como una prenda de la benevolencia imperial.»

En fin, José II, para poner el colmo á los

favores con que queria obsequiar al Papa, le hizo entregar por el vice-canciller del imperio un diploma que elevaba á su sobrino á la dignidad de príncipe del sacro imperio, exceptuándole de los gastos que en tales casos se solian hacer y que no bajaban de ciento ochenta y cuatro mil quinientas libras. Pio VI dió en esta ocasion una prueba de moderacion que le honra y caracteriza. Devolvió el diploma al emperador suplicándole lo guardase para tiempos mas felices y diciéndole: «No quiero que puedan acusarme de que me he ocupado tanto ó mas de los intereses de mi familia que de los intereses de la Iglesia.» El emperador no pudo menos de admirar esta moderacion.

Hizo magníficos regalos á las personas de la comitiva del Pontífice, y este por su parte dió pruebas de liberalidad á las que habian estado empleadas en su servicio. Todo lo que acaeció en la separacion de Pio VI y el emperador, habria sido satisfactorio para el Papa si su dolor hubiese sido susceptible de vanos consuelos. José desplegó todo lo que la etiqueta tiene de mas pomposo é imponente, para hacer los últimos honores á su huésped, cuyas buenas prendas se habian captado su amistad. Para decirlo de una vez, en Pio VI, el hombre debió quedar satisfecho, pero no el Pontífice. José le prometió varias veces devolverle la visita, y al Papa le gustó mucho esta oferta; pues siempre esperaba encontrarle menos inflexible cuando estuviera separado del inexorable ministro.

Por último, Pio VI se puso en camino, y el emperador y su hermano le acompañaron la primera legua. Allí se apearon todos en la iglesia de Mariabrunn, y rezaron con fervorosa rivalidad. El Papa abrazó á los dos ilustres hermanos, que al separarse dieron las menos equívocas señales de la mas viva emocion. No tardó esta en comunicarse rápidamente á la inmensa turba que los rodeaba, y las aclamaciones se vieron interrumpidas por



los sollozos. El Pontífice, conmovido en lo mas profundo del corazon con tantas señales de afectuoso respeto, se alejó de aquel sitio con pesar y con los ojos humedecidos con lágrimas.

Por invitacion reciproca de José y de Pio VI, los religiosos del convento de Mariabrunn inmortalizaron el lugar y la época de esta tierna separacion. De allí á poco tiempo, en una lápida de mármol puesta á la entrada de la iglesia, se leia esta inscripcion: «Pio VI, Soberano Pontífice, y José II, emperador de romanos, con el archiduque Maximiliano, oraron en esta iglesia, y luego se despidieron con tiernos abrazos, y lágrimas de todos los concurrentes.» Una triste circunstancia oscureció sin embargo aquel dia, que al parecer era tan glorioso para José y tan lisonjero para los religiosos de Mariabrunn: apenas acababa de verificarse la interesante separacion, se presentaron los comisionados del gobierno á secuestrar las rentas del convento. Asi este príncipe, arrastrado de una parte por el impulso de la naturaleza, y de otra estraviado por las máximas de una filosofía mentirosa, se mostraba humano y casi bárbaro á un mismo tiempo.

Cuando hemos dicho que Pio VI debió salir de Viena mas satisfecho como hombre que como Pontífice, no hemos querido decir que su viaje fuese enteramente inútil para la Iglesia. No obtuvo todo lo que tenia derecho á esperar, ni todo lo que podia desear; pero pudo hacer comprender al emperador, que la sumision que se exigia de los obispos á todos los decretos imperiales, dados ó por dar, era tan contraria á la razon como á la Religion, y hasta al género de libertad que los vasallos tienen derecho á reclamar en las monarquías; que nadie puede estar obligado á someterse á una ley que no conoce, ni contraer obligaciones cuya estension se ignora. Tambien consiguió buenos resultados en algunos otros puntos. Por otra parte, durante el camino recibió tres cartas del emperador que le dieron gratas esperanzas. Asi es

que desde Bolonia escribió á su sobrino diciendo: «He alcanzado del emperador parte de lo que deseaba; pues ha abolido el juramento que habia prescrito á los obispos en sus Estados, y yo les he concedido la facultad de dar dispensas de matrimonio hasta el tercer grado y hasta otro mas inmediato, pero con la cláusula de volverme á pedir esta facultad en varios casos. Tambien he obtenido varias modificaciones por lo tocante á conventos de ambos sexos y á la tolerancia religiosa. Finalmente, mi presencia ha producido buen efecto para la Religion, y debo congratularme de mi viaje.»

Conviene detenernos un momento á considerar lo que le fué concedido y lo que le fué denegado. Pio VI, como es natural, hubiera deseado la conservacion de todos los conventos, pero no le fué concedida esta satisfaccion. Suprimiéronse los que el gobierno austriaco llamaba supérfluos, pero por lo menos ninguna orden monástica fué abolida, y esto ya era algo. Tampoco pudo Pio VI hacer que se anularan los estatutos que eximian á las órdenes monásticas de la dependencia de sus generales residentes en Roma, ni hacer revocar las cláusulas bajo las que en lo sucesivo serian admitidas sus bulas en los Estados hereditarios; pero José declaró que el placet imperial ó *pase régio* que él habia prescrito, no se estendia á las bulas relativas al dogma.

El derecho esclusivo de conceder dispensa fué, si asi puede decirse, arrancado al Papa; pero por lo menos quedó ileso el honor de la Iglesia, y su disciplina no sufrió alteracion notable, pues al fin quedó este derecho conferido á los obispos por consentimiento del Soberano Pontífice y mediante algunas restricciones. José permitió que se recurriera á Roma para la dispensa de matrimonio en los impedimentos mas próximos que el tercero y cuarto grado.

Anunció que el plan adoptado para la censura de los libros no impedia que los

obispos representasen sobre los que juzgasen perjudiciales. Al esplicar su decreto acerca de la bula *Unigenitus*, prohibió que se disputase públicamente acerca de ella; pero permitió que los maestros diesen á sus discípulos una noticia histórica de ella. Con referencia á esta bula añadiremos, que respondiendo Pio VI durante su permanencia en Viena á las preguntas que le habian sido hechas por once obispos de los Estados del emperador sobre varios nuevos edictos, dijo que debia darse un instructivo conocimiento de ella en las aulas, pero que no habia necesidad de que se disputase de ella públicamente.

Finalmente, José II aseguró á Pio VI que durante su pontificado las cosas permanecerian en el mismo pie que antes por lo tocante á los obispados y beneficios de la Lombardia, que por ser los mas limitofes al patrimonio de San Pedro, debian fijar mas particularmente la atencion del Pontífice. Claro está, pues, que la peregrinacion apostólica de Pio VI no habia sido enteramente inútil. De los dos augustos mediadores, el uno creyó que no habia conseguido mas que el preludio de sus buenos deseos, y el otro que no habia hecho mas que comenzar sus trastornos, tan impropriamente decorados con el nombre de reformas.

Esta breve digresion ha interrumpido la narracion histórica del regreso de Pio VI, que nos apresuramos á reanudar. Su primera estacion fué en Moelk, pasando la noche en el monasterio de benedictinos de esta ciudad. Este mismo fué el convento que en un principio le sirvió de asilo cuando fue arrojado de sus Estados por los franceses, é invitado á pasar á Austria por el sobrino del mismo emperador José, que le habia recibido en su córte en una época menos desastrosa. El conde de Cobenzel le acompañó hasta Braunau, primera ciudad de la Baviera por el lado de Austria. El elector no quiso que el Papa echase de ver que transitaba por una dominacion menos poderosa: ostentó por tanto

todo el aparato de su ejército y de su guardia y toda la pompa de su córte. Salió á recibirle personalmente en una magnífica carroza, y lo condujo á Munich entre las aclamaciones de un pueblo no menos religioso que el de Viena. Seis dias pasó en esta ciudad, llamada con razon *Roma de Alemania*. Pio VI no recibió mas que homenajes, cuya satisfaccion no fué turbada por ningun desagradable accidente, siendo tanto mas pura, cuanto que la Baviera era el único Estado de Europa donde su autoridad pontificia no hubiese sido lastimada por la filosofía. La fe y la subordinacion á la Iglesia y al soberano se mantenian ilesas. El Papa se encontró, pues, allí naturalmente tan respetado como en Roma, recibiendo tributos de respeto tan profundos como unánimes. No es, pues, extraño que al atravesar los límites de sus fronteras, se volviese con ternura á despedirse de un pais tan caro á su corazon, y en donde dejaba por prenda sus votos y bendiciones.

El elector de Tréveris, que habia ido á visitarle á Munich, le esperaba en Augsburgo de donde era obispo y tenia una residencia. Al entrar en el territorio de esta ciudad imperial, Pio VI pisó por primera vez un terreno donde el catolicismo no dominaba esclusivamente; pero en la ciudad se habian tomado medidas para que nada le recordase semejante circunstancia. Habiendo preguntado los magistrados católicos á sus colegas protestantes, de qué manera pensaban recibir al Pontífice, respondieron que como á una testa coronada, declarando que concurrirían espontáneamente á los homenajes que á título de tal le fuesen tributados. Pio VI fué, pues, cumplimentado por una diputacion del senado, mitad católica mitad protestante, y recibió los obsequios que las ciudades imperiales tienen la costumbre de hacer á los personajes mas eminentes. Enseñaronle todo lo que hay digno de verse en aquella ciudad, en especial lo relativo á ciencias y artes, en todo lo